

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 28 de Abril de 1932

Núm. 470

EL AMBIENTE Y LA VIDA

ANA LAURA

Toda la tristeza de Ana Laura se trocó en una alegría cascabelera y saltarina. En la ciudad se consumía. La pobre muchacha, recluida en casa, esclava de sus obligaciones, le faltaba tiempo para dedicarlo al paseo y a la diversión.

Papá comprendió que su niña, su ojo derecho, enfermaría de continuar así. Y él la quería con delirio. Y su niña tan trabajadora, tan buena auxiliar de mamá, estaba necesitada de un reposo largo. Una vida de campo, sin las preocupaciones de la casa.

Ana Laura no quiso marchar. ¿Quién cosería los calcetines de Pepe Luis? ¿Y la ropa de José Manuel? ¡Las corbatas de Ricardo! No, no. Ella no podía dejar a su mamá sola. La iba a complicar demasiado la existencia. Aquellos hermanos suyos eran además muy exigentes. Un poquito egoístas.

Pero lo que ella menos esperaba sucedió. No solo papá, sus hermanos a los que creía o suponía de muy manera distinta, fueron los primeros. Sí, sí la indujeron que marchara una temporada al campo, con tío Eduardo.

Y Ana Laura, no supo evadirse. Todos se mostraban dispuestos a su vacación. Se la concedían con aquel cariño tierno y santo de la hermandad. Y ella lo buena y resignada, no supo decir nada más. Tuvo que aceptar. Y salió.

Ya tenemos a Ana Laura en plena serratía. El viaje fué molesto. Tren, automóvil y caballería. ¡Qué interesante ir montada en la caballería! Cinco horas metida dentro de las aguaderas, en el mulo blanco. Tío Eduardo y el criado en caballos. Un borriquito con su baulillo, con las mudas y unos trajecitos para presumir en el cortijo.

Cinco días corrieron vertiginosos, sin darse cuenta. Su diligencia y su actividad se trocaron en una holgazanería impropia de ella. No se acordaba de nadie. Madrugaba y al campo a corretear, a jugar con los borreguitos, a preparar el trigo para los cerdos.

¡Los Nacionales! ¿Quiénes eran los Nacionales? ¡Ah! ¡Si supierais! ¡Unos asesinos! ¡Unos criminales! Se comieron a sus propias crías, a sus mismos hijos! ¡Que barbaridad! ¡Que gente más salvaje!

Los nacionales, los puercos grandes, no contentos con la hazaña, aún tuvieron valor para mayor daño. Cuatro pollitos de quince o veinte días, sucumbieron también y fueron a la «fábrica de jamón». Sólo escapó uno. Quedó cojito. Y tía Antonia lo bautizó: Romanones le puso. ¿Dónde está Romanones? Ya es un gallo, con una cresta orgullosa y un pico y una garganta, estupenda. ¡Así están de enamoradas las gallinas! Pero cuando anda, toda la bizarría y toda la gracia de su figura, se pierde. Ya no es el mismo. Es el inválido, el lisiado. Todos los animalitos se compadecen de él. Parece que comprenden su

desgracia y no riñen ni le disputan sus amiguitas, las gallinas que le siguen.

Y Ana Laura con estas cosas que nunca había visto ni oído referir se mostraba encantada. Ni se acordaba de papá, ni de mamá. Ni de las corbatas de Ricardo. ¿Se las plancharían ahora todos los días? ¿Y los calcetines de Pepe Luis? Su vida era otra. Las emociones habían impresionado fuertemente su imaginación y su casa la veía a tanta distancia, tan chiquita, que tan siquiera podía verla como recuerdo.

Estos días de campo, le estaban sentando a su cuerpo y a su espíritu con una ganancia de salud. A medida que los días pasaban, se notaba más fuerte, más dispuesta, mejor. Pero no tenía gana de coger la pluma, tío Eduardo se encargaba de hacerlo a casa.

Y ya no había más remedio. ¡Vaya una familia que se estaba echando! ¡Las cosas que le escribían sus hermanos! ¿Será posible? Bueno. Ya estaba delante de las cuartillas con la pluma en la mano. Se desquitaría del atraso y lo contaría a sus hermanitos todo cuanto estaba viendo y cuanto había conocido.

Iba a empezar la carta. «Queridos hermanos». Ya estaba hecho. ¿Qué les diría ahora? Tantas impresiones se arremolinaban por salir que no encontraba la primera frase. ¡Hasta había perdido la costumbre de escribir! ¿Qué dirían más de ella si no les ponía un parrafito y les contaba alguna de las muchas cosas que estaba viendo?

Por más que estrujaba su cerebro, la carta no salía. No pasaba de los queridos hermanos. Y harta de su torpeza decidió esperar al siguiente día. Les escribiría mucho. Ahora no estaba en situación, no le surgían las palabras. Quería hacerles una carta emocionante de las mil peripecias de que fué testiga.

Y así fué. Madrugaría y por la mañana se dedicaría a contarles a sus hermanos los malos ratos que en la serranía pasaba.

ORTIZ DE DANIEL

Las chispas eléctricas de los tranvías higienizan el aire

Todos los días estamos conociendo cosas nuevas. Hasta ahora ignorábamos el poder desinfectante de los tranvías eléctricos. Pero no ha faltado un físico alemán que ha venido con sus teorías a demostrar una verdad ignorada.

Ateniéndonos a las explicaciones de ese alemán, sabemos que las chispas eléctricas desprendidas de los cables de los tranvías, en su movimiento con el trole, producen el ozono del oxígeno del aire. Es de un poder antiséptico y desinfectante atroz. Así, por este sencillo y natural procedimiento, las grandes ciudades están a diario higienizadas.

Cuando las calles son muy estrechas, el poder del ozono tiene más eficacia y actúa de una manera más enérgica.

LA CHISMOSA

Marujíña es una niña muy bonita, muy hermosa, hacendosa, apañadita... ¡pero es coqueta y chismosa la maldita! Es su carita divina, más su lengua viperina, de simpática la convierte en antipática, pues domina en su ser la malquerencia, la imprudencia y con sus chinchorrerías trasforma todos los días, de improviso, en infierno un paraíso. Es ella un conglomerado de cuanto hay de depravado en la infantil malquerencia; la inocencia para ella es un pecado, y de lleno siente en su infantil regazo de rechazo, la envidia del bien ajeno.

NOEL

Saca clavos con los dientes, parten piedras sobre su cabeza y, tan fresco

La naturaleza es pródiga en sus maravillas. Y maravilla es que un hombre tenga la cabeza más dura que una piedra, frase vulgar aplicada en este momento con una oportunidad cabal.

En Nueva Orleans existe un trabajador dotado de un privilegio. El, saca los clavos con la boca, deja partir sobre su cabeza piedras de cuarenta kilos. Se desprende de una altura de ocho metros sobre un tablero cubierto de púas y su cuerpo no sufre la más mínima rasgadura.

Este fenómeno llamado Jimmie Murphy y generalmente conocido por *El hombre de hierro*, cuenta veintiseis años de edad. Su oficio es trabajador del puerto y en muchas ocasiones, ha dejado pasar sobre su cuerpo un camión y salir indemne de la prueba.

Es tal la construcción y sus carnes ofrecen una característica de dureza tan poco común, que ha llegado, provisto de un pañuelo, a meter en un tronco de árbol clavos de doce centímetros de longitud, bastándose para ello del puño de su mano derecha.

El extraño fenómeno ha sido visto por agentes americanos y le han ofrecido contratos fabulosos para exhibirse en los circos, pero *El hombre de hierro* ha dicho que no hay dinero en el mundo para pagar su trabajo. El solo realiza estas proezas por un gusto especial y está lejos de su ánimo en convertirse en un espectáculo para los públicos.

T. B. O.
SEMANARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.
Historietas - Cuentos - Chascarrillos.
Precio: 0'10 pesetas.
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintet Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

LA LLAVE

El señor Pérez, director de una gran firma de automóviles, llamó aquel día a su cajero Lupiáñez y le apostrofó, poco más o menos, de la siguiente manera:

—Querido Lupiáñez. Hace quince años que está usted en la casa en calidad de cajero y no puedo tener más que alabanzas para su trabajo. Sin embargo, acabo de notar ahora mismo que le faltan cinco mil duros en caja. ¿Quiere tener la bondad de reembolsármelos?

Pablo Lupiáñez, que era un hombre de poco más de treinta años, al oírle miró a su jefe y pallideció.

—Es cierto—dijo con la voz velada—. Me he dejado engañar; he jugado a la Bolsa y he perdido esos cinco mil duros, que me es imposible devolverle en el acto.

—Lo sospechaba—dijo el señor Pérez—. Y, en vista de ello, he reflexionado sobre la situación que acababa de crearse. En primer lugar, podría avisar a la policía, pero no quiero emplear un medio de la más baja vulgaridad. Además, me sigue usted pareciendo un hombre honrado que ha tenido un momento de crisis. Por lo tanto, le permito que me devuelva por meses, sobre su sueldo, la suma que me ha obligado a prestarle.

Un relámpago de júbilo pasó por los ojos de Lupiáñez, el cual hizo ademán de arrodillarse para dar las gracias a su jefe. Pero éste le contuvo.

—Un segundo—dijo—. Ya comprenderá usted que soy demasiado hombre de negocios para dejar de exigirle que me firme un papellito reconociéndome esa deuda.

Lupiáñez tomó el papel que le alargaba su jefe y leyó:

«Reconozco haber substraído veinticinco mil pesetas de la caja del señor Pérez.—Firmado, el cajero.»

—Pero señor Pérez, yo no puedo...

—¿Prefiere usted que presente una denuncia en el Juzgado de guardia? Nada de niñerías. Ya comprende usted que si le digo que firme esto, no es para pregonarlo por todas partes. Además, se lo devolveré cuando me haya pagado por completo, y en tanto, quedará en mi caja de caudales, bajo sobre sellado y con esta mención: «Qué-mese sin abrirlo». Reconozco que la cosa es dura, pero ha cometido usted una falta y no tiene más remedio que sufrir sus consecuencias... Firme usted.»

Lupiáñez tomó la pluma, y después de una ligera vacilación, firmó el reconocimiento de su mala acción.

El señor Pérez, muy sereno, dobló el papellito, lo introdujo en un sobre, el cual selló con cinco sellos y lo guardó en su caja particular. Luego dijo:

—Vamos, Lupiáñez... Esto quedará entre nosotros. Espero que no me hará usted arrepentir de mi benevolencia.

—Se lo prometo a usted—dijo el cajero. Y se volvió a su sitio.

Pasaron dos años, durante los cuales Lupiáñez se había puesto al trabajo como un negro y pagaba mensualmente a su jefe una cantidad.

Tuvo la suerte de heredar a su abuela, y con eso pagó una gran cantidad de un golpe, con lo que quedó a deber tan solo ocho mil pesetas.

Pero su vida estaba envenenada por el papellito que había firmado. El hecho de haber reconocido en un escrito que era un ladrón, le impedía dormir y le quitaba el humor para todo, y deseaba que su jefe le devolviera el papel antes del completo pago de su deuda, pero como el señor Pérez no le decía nada, no se atrevía a pedirselo.

Sin embargo, su jefe le testimoniaba una confianza mucho mayor que antes, y un día Lupiáñez pallideció cuando su jefe le confió la combinación con la cual se abría su caja particular.

Llegó el final de aquel mes y Lupiáñez, como siempre, procedió a hacer un balance y un arqueo ante los ojos de su jefe. Todo estaba en regla y más que en regla. Lupiáñez era el mejor administrador del mundo y lograba economías y beneficios insospechados. El señor Pérez le fe-

licitó calurosamente, pero no hizo la menor alusión al papelito en cuestión ni a la suma de dinero que Pablo le debía aún.

El cajero, cuando su jefe se hubo marchado, tuvo un movimiento de cólera, el cual tuvo la consecuencia de hacer caer al suelo una cosita metálica. Se inclinó, la recogió, y tuvo que sofocar un grito al ver de lo que se trataba:

—La llave de la caja particular—exclamó.

Pasó por sus ojos la visión del sobre con los cinco sellos en el que se encerraba el reconocimiento de su vergüenza, le acometió un sudor frío y apretó las manos convulsivamente.

Reflexionó: El señor Pérez estaba en los taques. No tenía más que dar un paso, entrar en su despacho, abrir la caja, rasgar el sobre y volver a dejar la llave donde la había encontrado. Así se libraba para siempre de la pesadilla que le atormentaba. Se levantó y dio un paso hacia el despacho. Pero a su puerta se detuvo, librándose en su interior una violenta lucha. Al fin se dominó y, guardándose la llave en el bolsillo, volvió a su trabajo.

Unos instantes después oyó que el señor Pérez volvía a entrar en su despacho y levantándose, fué a buscarle, llamó, y luego que le autorizaron para ello, entró:

—Señor Pérez—dijo—, aquí tiene la llave de su caja particular que se ha dejado en mi despacho.

—Iba a retirarse, cuando su jefe le llamó.

—Lupión, espere, que tengo que hablarle. Y esperó, siempre molesto y contraído interiormente.

—¿Cree usted que ha sido por un olvido por lo que he dejado la llave en su despacho? Pues no señor. Ha sido para someterle a usted a una última prueba, de la que supongo que habrá salido airoso y sin manchar su honor.

Y alargándole la llave dijo:

—Abra usted la caja y tráigame el sobre que se relaciona con usted.

Lupión obedeció y al entregar el sobre le parecía que sus manos ardían.

El señor Pérez, con gran parsimonia, rompió los sellos, luego el sobre y sacando su contenido lo quemó cuidadosamente.

Luego, sonriendo, dijo:

—Estoy seguro de que no volverá a tener un solo momento de debilidad. Olvido por completo este incidente, me considero pagado, y le gratifico con lo que queda aún por pagarme.

Lupión dió las gracias emocionado; el señor Pérez le tendió la mano y le dijo benévola y amablemente al despedirse:

—Ha tenido que esperar mucho tiempo para verse libre, pero no se debe cometer una falta sin sufrir las consecuencias de ella. Es la mejor lección.

Y al marcharse:

—Vamos, Lupión, la cabeza alta y el corazón alegre. La pesadilla ha terminado...

«Ahora puede usted blasonar de honradez con verdadero orgullo.

CIUDADES ESPAÑOLAS

SORIA

Su extensión, 10,318 kilómetros; partidos judiciales, 5; su población, 1,504,629 habitantes; ayuntamientos, 345.

Se encuentra situada en el centro de nuestra Península: teniendo por límites: al N., Logroño; al E., Zaragoza; al S., Guadalajara, y al O., Segovia.

Se encuentra situada en el punto de enlace de la cordillera Carpeto-Vetónica, fácilmente se comprenderá que su terreno sea áspero y montañoso, teniendo las sierras de Cebollera, Picos de Urbión y el Moncayo. De estos grandes macizos se desprenden otros de menor importancia entre las cuales merecen especial mención Altos de Barahona, Torreplato y otras.

Dos son los ríos de esta provincia, el Duero y el Ebro; tienen multitud de afluentes, que van a parar a otros ríos que están fuera de la provincia; al Duero van los ríos Andaluz y Ucero y otros menos importantes; al Ebro van los ríos Alhama y el Cidacos; al Jalón van los ríos Caravantes y Blanco.

Desde el punto de vista climatológico, esta provincia es de las que gozan de mayor altitud en nuestra Península, y por esto tiene el clima tan frío, pues está a 1,065 metros sobre el nivel del mar, siendo la segunda en altitud; se suceden las nevadas con gran frecuencia; las producciones son abundantes en cereales, lino, cáñamo, verduras, etc., más la principal riqueza de Soria está en sus extensos pinares, de los que se extrae gran cantidad de maderas resinas, etc. En sus dehesas pasta mucho ganado caballar, vacuno y lanar.

La industria no se encuentra muy adelantada, teniendo la célebre «mantequilla de Soria», de renombre universal. Tiene además fábricas de curtidos, harinas, paños etc.; el comercio corre parejas con la industria, exportando ganados vacuno, lanar, etc., y maderas.

Tiene abundantes minas de hulla, hierro y plata, más la carencia de medios de comunicación hace que estén sin explotar.

Se encuentra recorrida por la línea de Madrid a Zaragoza, desprendiéndose en Torralba un ramal que llega hasta la capital. La recorre también la línea de Valladolid a Ariza; tiene abundantes carreteras, que ponen en comunicación los pueblos más importantes con la capital.

La capital es Soria, sobre el Duero, cerca de la antigua Numancia. Entre los muchos edificios con que cuenta puede citarse la Torre de Doña Urraca; el Palacio de los Condes de Gomara; la Colegiata de San Pedro; las iglesias de San Juan y San Gil; el convento de Santo Domingo y otros muchos.

Las poblaciones más importantes son Agreda, al pie del Moncayo, y con terreno muy fértil; Burgo de Osma, sede episcopal, con abundantes cosechas de cereales; San Esteban de Gormaz, con un puente sobre el Duero; Almazán, con ferias muy concurridas; San Pedro de Manrique, Yanguas, etc.

Sus hijos ilustres son: San Delirio, introductor en España de filosofía Krausista; Manuel Ruiz Zorrilla, que nació en Burgo de Osma; Sor María de Agreda, consejera de Felipe IV y autora de la obra titulada «Mística ciudad de Dios»; Diego Laines, teólogo y segundo general que fué

de la Compañía de Jesús; Pedro Gómez de la Serna, San Saturnino, etc.

Soria conserva bastantes vestigios de su pasada importancia, entre los cuales merecen especial mención la ermita de San Saturio, Patrón de Soria, que conserva una hermosa capilla, con pinturas al fresco; la iglesia de San Nicolás, el convento de Santo Domingo, etc.

Entre los sitios dignos de ser visitados se encuentra Numancia, ciudad de los «Pelendones», apellidada «Terror de Roma»; para perpetuar su heroísmo se ha levantado en el sitio que ocupara una columna con la siguiente inscripción:

Si Roma orgullosa vencida Numancia,
juzgó sepultados valor y constancia,
los siglos al mundo su error demostraron;
los padres murieron, los hijos quedaron.

Además, serían dignas de ser visitadas en esta provincia Calatañazor, donde se dió la batalla de su nombre, y Medinaceli, donde se dice que murió Almanzor.

SANTIAGO GARRIDO

Benjamín Franklin

Benjamín Franklin nació en Boston en 1706. A la edad de ocho años empezó a ir a la escuela, pero bien pronto tuvo que dejar de ir a ella para ayudar a su padre que era fabricante de velas de sebo. Leyendo los libros de la biblioteca de su padre las hazañas de los grandes hombres de la antigüedad dispusieron su espíritu para soportar todas las luchas y obstáculos que se le presentasen.

Trabajó de aprendiz en la imprenta de su hermano Jacobo, y como que éste fundó un periódico, Benjamín envió artículos a él y pronto fué uno de los más asiduos colaboradores. No aviniéndose mucho con su hermano, a la edad de 10 y siete años se fué a Nueva York, donde no encontró trabajo, entonces se fué a Filadelfia y allí encontró colocación en una mala imprenta. En ella, como que era muy hábil, logró con material muy malo hacer trabajo bueno. Ante estos trabajos interesóse por él el gobernador de Pensilvania, proponiéndole se estableciera allí; pero su padre no le quiso dar dinero para ello. Aconsejado por dicho señor, se fué a Inglaterra con cartas de recomendación, pero al llegar allí de nada le sirvieron. Después de mucho buscar encontró trabajo otra vez en Filadelfia, y poco después se asoció con un amigo, el cual aportó el capital y juntos fundaron una imprenta. Poco después el amigo se retiró del negocio y Franklin le devolvió poco a poco su dinero. Fundó periódicos e inició por suscripción pública, la creación del primer hospital, de la primera biblioteca popular, y de otras cosas que contribuyeron al progreso del país.

Sus conciudadanos hicieron justicia a sus méritos y le elevaron a altos cargos del Gobierno. Para desempeñar bien dichos cargos, a la edad de cuarenta años empezó a estudiar idiomas.

Después de muchos experimentos, un día de tormenta, en los alrededores de Filadelfia elevó una cometa formada con dos bastones forrados de seda. En el extremo de un bastón puso una punta de hierro. Ató a la cometa un hilo de cáñamo, terminado por otro de seda. En el punto de unión de ambos puso una llave, en la cual debía

acumularse la electricidad y producir chispa. Para mantener la cometa empleó a un chico y él se puso a distancia para observar mejor. Pasó algunos minutos sin ver nada, pero tocó la llave con un dedo y entonces soltó una chispa, llenándose él de alegría. Descubrió sobre este experimento inventó el pararrayos.

Franklin, además fué un gran patriota y trabajó mucho para la independencia de los Estados Unidos. Murió en Filadelfia en 1790, desempeñando aun poco antes los más altos cargos del Gobierno.

Debemos admirar a Franklin no sólo por sus inventos, sino también porque su vida será siempre para los jóvenes un luminoso ejemplo de perseverancia y amor al trabajo.

Tan hábiles como avaros son los dentistas americanos

La fama de los dentistas americanos es mundial. Su habilidad, su destreza para la extracción de huesos de la boca, para la construcción de puentes y coronas y dentaduras es una maravilla. Así como son de ingeniosos y artistas en su profesión son de avaros e incapaces de dar a nadie su trabajo regalado.

Cierto traficante de las praderas del Oeste fué a Chicago. Y buscó un dentista. Se trataba de colocarle un diente postizo. El traficante acudió, durante varios días a la clínica y su daseo fué logrado con éxito.

Pasó el dentista la cuenta al hotel donde se hospedaba el cliente y siempre corría su factura la misma suerte. No se la pagaban. Harto y aburrido prometió vengarse en la primera ocasión que se le presentara.

Y quien hace mal, al fin tiene que llegar un día en que su pecado lo pague.

Ocurrió una mañana que el traficante sufrió un accidente en el ascensor del hotel. Inmediatamente llamaron al médico más cercano y éste era el dentista. Fué a intervenir y con sorpresa observó que era su cliente moroso el que se encontraba necesitado de sus auxilios.

—¿Me paga usted la cuenta?—le dijo echando una mirada al herido. Reptió varias veces la misma interrogación y como no obtuviera respuesta, cogió al accidentado por la frente, metió sus dedos en la boca y de un tirón le arrancó el diente que no le había pagado.

Así de esta manera se vengó y recuperó lo que el otro quería estafarle.

SALDO DE CHISTES MALOS

—Así es que me ha perdido usted las dos maletas. ¿No es eso?

—No se preocupe la señorita. En este pueblo se lleva poco lujo.

—¿Quiere usted comprarme este libro?

—Aquí solo compramos librerías completas.

—Buen, pues este libro, es mi librería completa.

—¿Tú eres una buena niña?—preguntaba la abuelita a su nieta.

—Sí, porque cuando soy mala, dice mamá que me ponga muy fea, como tú.

—Ha empleado usted el cepillo de los dientes del señor para embetunarle las botas?

—No se sobresalte. Jamás hubiera empleado el de la señora.

—¿Has sido bueno en el colegio, Pepito?

—Mira, papá. El profesor ha dicho que en la mesa y durante la comida debemos hablar siempre de cosas alegres y placidas. ¿Quieres que te cuente la última película que he visto?

Imp. de M. Sintés Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón

PINOCHO
SEMANARIO INFANTIL

Publica 16 páginas de amena lectura para niños. CUENTOS, HISTORIETAS ILUSTRADAS, CHISTES, PROBLEMAS, PASATIEMPOS, etc., etc., etc.

Precio 0'25 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de
MANUEL SINTÉS ROTGER.-Plaza del Príncipe, 17

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

POR
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(32)

una unión con quien como yo; siente una verdadera, una idólatra veneración por los abuelos preclaros. Róspide ha hecho lo que ha hecho conmigo, sin otras miras que las de dar a su mujer toda la felicidad posible captándose, a la vez, mis simpatías, porque yo no fui siempre su devoto amigo... Hubo un tiempo en que nuestras relaciones, por mi culpa, no fueron muy cordiales.

Detúvose un instante Fernando Cortezo rumiando apesarado el recuerdo violento de aquellos días.

—...Yo no creería nunca que Alfonso Róspide hiciera lo que hizo con miras intencionadas. Así, pues, ese proyecto completamente fantástico no existe más que en la imaginación de las gentes. Más aún. Mi madre está viendo con verdadera complacencia

las deferencias de usted hacia Gloria. En cuanto a mí... Reconozco todas las brillantes e indiscutibles cualidades de la señorita de Róspide; añado que no la merezco... pero debo confesarle, Ardieta, que en mi clase, elegimos minuciosamente la raza que ha de mezclar sus blasones a los nuestros...

Un especie de indignación sorda se apoderó de Ardieta, al oír aquel desplante del orgullo aristocrático de Fernando Cortezo y sin poder dominarse, apuntó.

—Su madre de usted no pensó así. —No, no pensó así—dijo calmoso, sin perder su continencia el Conde.

—No pensó así y acertó, porque generalmente son muy desdichados estos casamientos que se concertan sin consultar la voluntad y el amor de los contrayentes, atentos sólo al abolengo que ha de entroncar dos estirpes. Pero... ¿qué quiere usted? Los prejuicios tienen mucha fuerza y no es tan fácil desentenderse de ellos.

—Así pues, si usted amase, ¿no defendería su cariño contra esas necias prevenciones? ¿Sacrificaría a ellas, acaso la dicha del porvenir?

Y había en la voz de Ardieta, hom-

bre superior capaz de todas las valentías de la rebelión, un tinte de reproche, quizá en sus pupilas un fulgor de desdén.

—No lo sé—respondió lentamente el Conde de Fenollar.—No he estado nunca enamorado y a la pregunta de usted, doctor, no es fácil contestar por adelantado. ¿Quién sabe de lo que es capaz un hombre bajo el influjo de una pasión? Lo que sí me atrevería a asegurarle es que nunca amaré a Gloria Róspide... Y no quisiera que por estas mis palabras me juzgase usted necio y orgulloso. Soy capaz de comprender todo lo que vale la señorita de Róspide y vuelvo a repetir que no la merezco, que estoy a muy poca altura con respecto a ella. Es más; tengo la seguridad de que la mujer que me toque en suerte, cargada de pergaminos y grandezas, no llegará a valer ni la cuarta parte de lo que vale Gloria. Y... ¿quién sabe si a la vuelta de muchos años, al verle a usted en su adorable compañía, recordaré la conversación de esta tarde y al contarle a usted mis penas me dirá usted: «Tenía usted razón, Conde, al decirme que no sería dichoso con un matrimo-

nio de abolengo» Además, ¿quién sabe si yo me casaré? No encontraré jamás el ideal, ese ideal romántico que todos hemos soñado en una noche de fiebre sentimental. Entre las mujeres de mi clase, habré de casarme por cumplir la obligación que mi nombre me impone a fin de no dejar que se extinga dándole un heredero... Y eso, doctor, tal vez no llegue porque la enfermedad me matará antes o... si escapo a la muerte, mi pobre salud me impedirá dar a una mujer el derecho de exigirme lo que mis fuerzas agotadas no podrán darle.

—Eso es un triste porvenir... —Sí; debe ser muy amargo llegar a las postrimerías de la vida sin que la voz amiga de una mujer que fué amante apasionada y es entonces adicta y piadosa compañera, levante con palabras de fervor nuestro ánimo, sin que el amor de los hijos y las caricias de los nietezuelos nos alegren... Pero eso está lejos y... ¡yo no llegaré a la vejez!

—No lo creo. Está usted tan mejorado que tengo la certeza de su restablecimiento, pero un restablecimiento

perdurable, completo—protestó Ardieta.

—Vea usted otro de los motivos por el cual yo me hubiese abstenido de hablar de amor a Gloria aunque hubiese estado enamorado de ella. Esa falta de ludmía que tanto me preocupa. Y es una dicha, en medio de mis pesadumbres, que usted a quien tanto estimo sea el marido de la que, en lo sucesivo, habré de mirar como una hermana. Quizá más adelante, en el seno de la amistad de ustedes, venga a buscar refugio muchas veces de las tormentas de la vida.

—¿No se lo impedirán los prejuicios?—preguntó riendo con cierta ironía Manuel Ardieta.

—No,—dijo gravemente el Conde de Fenollar.—Harto haré si a ellos sacrifico el amor. Quédeme al menos la amistad, el afecto de los que, como ustedes dos, han de constituir una familia...

—¡Pero, Dios mío!—dijo riendo Ardieta, con un ligero timbre de ansiedad en su risa fresca.—Verdaderamente somos, mejor dicho, soy un iluso... Héme aquí echando planes para el mañana, un mañana cifrado en el amor